

Y repiten. machacones, los heraldos: «...Si algún caballero o persona poderosa se atreve...»

¡Ay, que nadie se atreve! ¡Ay, que los magnates prefieren la vida tranquila en sus señoríos a los azares bélicos! ¡Ay, que la gran empresa de defender Calatrava no encuentra adalid!

¡Pero no! Castilla es cuna de héroes. Los oídos de sus valerosos cruzados no pueden permanecer sordos a la llamada angustiosa. Un sacerdote y un militar toman a su cargo la defensa de la plaza. Son en realidad dos monjes cistercienses: Fray Raimundo, abad de Fitero, de arraigada fe y afán proselitista, ya en olor de santidad, y Fray Diego Blázquez, burgalés de la Bureba, soldado hazañoso en su juventud, más tarde experto militar y fraile en sus años maduros—que así terminan muchos de aquellos ínclitos guerreros—añorante de bélicas empresas.

¿Qué son dos sencillos monjes del Cister para contener la peligrosa invasión? El mismo rey *Deseado* califica de desvarío y quimera el ofrecimiento. Pero accede al fin. Y surge el milagro. Porque milagroso es el fruto de la predicación, y el acopio de dinero y la recluta de mesnadas, cuya presencia al mando del abad ante los muros de Calatrava, sirve a sus decaídos defensores de consuelo y ánimo, estímulo y vigor. Y el enemigo detiene su avance mientras el santo Raimundo trae de la Vieja Castilla miles de repobladores que cultivarán estos Campos de Calatrava, yermos y desérticos.

Entre algaras de morcs y clarinaos estridentes de trompetas llamando al combate, los soldados labradores riegan los surcos con sangre y sudor. Manejando alternativamente el arado y la espada, se van ganando tierras al infiel y para el cultivo. Las iglesias se construyen con sólidos muros y sus torres tienen saeteras y almenas, desde donde se atalayan peligros y se aprestan defensas. Las campanas llaman a la oración pacífica, dando al aire sus sonos metálicos sobre la inmensa llanura, solemne a la hora del ángelus.

Y es fama que, hallándose el rey don Sancho en la fortaleza de Calatrava, los musulimes intentaron una sorpresa. Pero como nadie confía, pronto avisan el peligro las trompetas de los centinelas. Surgen los monjes y caballeros rápidamente armados; cabalgan sobre sus corceles y ahuyentan al enemigo. Suenan ahora las campanas convocando a la divina alabanza y todos llenan la iglesia con recogido fervor.

Observado lo cual por el Rey, dice al abad:

—«Páreceme, padre, que el son de las trompetas hace a vuestros súbditos lobos y el de las campanas corderos.»

Y sentencia Raimundo:

—«Será porque aquéllas los llaman para resistir a los enemigos de Cristo, y vuestros y éstas para alabarle y rogar por vos.»

¡Campanas y trompetas! Entre estridencias de clarines y doblar de esquilas, se repueblan los Campos de Calatrava.

ESTAMPA SEGUNDA

CAPÍTULO EN EL SACRO CONVENTO

Otoño de 1313. Bien avanzada la mañana.

La mole ingente de Calatrava la Nueva—monasterio, iglesia, claustro y castillo—alza sus muros almenados y sus torreones enhiestos sobre el valle, fundiendo el oro de sus piedras con el plomo del cielo y el verde de los campos, frescos en las primeras lluvias.